

El viajero compulsivo

“Artur Lundkvist fue una cámara fotográfica colocada en un satélite que, desde su órbita, nos mandaba fotografías estremecedoras y exactas, sorprendentes y difíciles de interpretar, de todo lo que pasaba en el mundo.”

Pär Västberg



El viajero compulsivo

Los impulsos que Lundkvist necesitaba para la creación los buscaba sobre todo en libros y viajes.

A principios de los años 30, Lundkvist viaja por Africa en busca de civilizaciones primitivas no contaminadas. No las encuentra. El contacto directo con el colonialismo le hizo volver deprimido y decepcionado.

Es entonces cuando la fe en la máquina y el acero van cediendo su primer plano en la obra de Lundkvist. En esa época, señala Kjell Espmark, las máquinas y el acero de su poesía pierden su posición preeminente —no todo es positivo en la máquina. Desaparecen expresiones como ansias de “una especie de vida de acero/ inoxidable/ elástico” y surgen en su lugar la hierba y el viento. En *Negerkust*, el libro en que cuenta su viaje por Africa, escribe:

¡Ser duro, hacerse duro, enfrentarse a la vida con dientes apretados! He buscado la dureza, pero ya no la busco, ahora sé que mi naturaleza es la blandura. Quiero enfrentarme a la vida blando como el viento. Uno no llega muy lejos con superficies duras. Se necesitan sustancias blandas. Creo en la blanda invencibilidad de la fuerza del crecimiento en la naturaleza: la débil brizna de hierba revienta el suelo más duro.

Y Espmark continúa: “Sus símbolos ya no son el tigre y el muelle de acero que salta con fuerza sino la hierba, el viento y las corrientes de agua”. Continúa en Lundkvist, pues, la exigencia de movimiento. Esto, junto con la degradación política que sufría Europa con la aparición del fascismo, lo fue alejando de la poesía realista y extrovertida que estaba escribiendo y lo llevó a adentrarse en lo onírico y el subconsciente,

mezclando también influencias del surrealismo.

A finales de 1935 tomó un barco rumbo Canarias e inicia un viaje que lo tiene dos años fuera de su país. En 1936 recala en Barcelona, donde conoce a Miró y oye por primera vez los nombres de Lorca y Alberti. Allí vivió la efervescencia política de aquel año — le recomendaron que se afeitase la barba para que no lo confundiesen con un agente ruso— y estuvo traduciendo en una pensión el libro de Lawrence *Women in Love*. Sigue a Madrid y Sevilla para pasar luego a Marruecos y Francia. El viaje termina en 1937 con una larga estancia de varios meses en Copenhague

Encerrado en su país por la II guerra mundial, el final de esta abrió las puertas del mundo al incansable viajero, que no dejó de observar la irónica

paradoja de que la llave que había abierto el paso a la paz había sido la bomba atómica, el arma que se convertiría en la nueva espada de Damocles de la Humanidad.

El primer viaje después de la contienda mundial lo llevó, en 1946, a América. Allí llegó con 16 cartas de presentación para otros tantos escritores que le había dado Gabriela Mistral durante su visita a Estocolmo con ocasión de la entrega de su premio Nobel, en 1945. Las cartas propiciaron encuentros con Neruda y Borges, con Jorge de Lima y Drummond de Andrade y otros artistas. A la vuelta, a su paso por Nueva York, compró «Poeta en Nueva York», de García Lorca, libro que fue un iluminador descubrimiento poético, comparable al que había representado Neruda. (Lundkvist ya había traducido, en 1944, algunos poemas de ambos poetas y de otros escritores latinoamericanos en una revista.)

El largo periplo fue una buena fuente de inspiración —además su contacto con Neruda lo había reafirmado en su apuesta a favor de una poesía impura. Fruto de este viaje fue su poemario *Skinn över sten* (*Piel sobre piedra*), título que hace referencia al juego chino en el que el cuchillo corta la piel, la piedra rompe el cuchillo y la piel, finalmente, cubre la piedra. En el poemario abundan las huellas latinoamericanas: poemas dedicados a artistas como Neruda y el pintor mexicano Orozco, a la bailarina española Carmen Amaya (a la que probablemente vio en su viaje por el continente), paisajes y ciudades, Antofagasta, la cordillera de los Andes, etc.

Los siguientes viajes cambiaron de rumbo y los continentes visitados fueron África, de finales de 1947 a mayo de 1948, por cuenta de la revista FIB, para la que escribió una veintena de artículos, que luego, ampliados, se convirtieron en el libro *Negerland*, 1949 (Como anécdota significativa de su carácter, Lundkvist cuenta en su autobiografía que viajó con una carta de crédito de 15.000 coronas -unos 25.000 € de hoy- y que a la vuelta devolvió 1.500 para asombro de la dirección de la revista) y luego un viaje de seis

meses por la India, sobre el que escribió para el diario *Dagens Nyheter* (en el que le censuraron varios artículos). El recorrido por este país fue origen de uno de sus mejores libros de viaje, «*Indiabrand*» (Incendio en la India), ya sin la censura del diario, en el que se palpan la fascinación y la irritación que le produjo el país.

Para Lundkvist, la alienación religiosa que vio en la India— tal vez la misma que vivió de joven en su aldea, en su propia casa— es el mayor obstáculo para la evolución del país, para lograr las imprescindibles transformaciones sociales. No tiene duda: la religión es el opio del pueblo.

En la primavera de 1953 leí el libro *Indiabrand* de Artur Lundkvist. Lo llevé conmigo cuando ese año hice un viaje de tres meses en medio de considerables vicisitudes por el sudeste de Asia, sobre todo por la India — por las ciudades, por las aldeas más aisladas, en vagones de tercera repletos de gente abarrotados. Seguí en parte el mismo itinerario que Lundkvist, encontrándome a veces con las mismas personas que él o con los mismos tipos humanos.

Quiero reconocer sin ambages que son pocos los libros que, como este, hayan ejercido una influencia tan fuerte en mí y en mi visión del mundo y de la realidad. Mi viaje por la India se produjo en una especie de acuerdo mutuo y secreto con Artur Lundkvist, comparando observaciones, constatando que justamente así era aquello y anotando, con cierta alegría, objeciones y diferencias de apreciación para conservar mi integridad. Ese fue mi primer encuentro con el llamado Tercer Mundo. Y en esa visión y ese mundo permanezco

Olof Palme, en el libro
Det okuvliga gräset

En la década de 1950 hace dos viajes a dos estados conflictivos: la URSS, en 1952, y China en 1954. La contracubierta del libro que narró el viaje al primero de estos países es una indicación de lo que era el clima político de los años 50 en Suecia.

Esto es lo que escribió la editorial: “Cuenta en este libro de forma viva y brillante todo lo vivido en el viaje, sucesos y situaciones se suceden a gran velocidad. Entrevista a ciudadanos soviéticos de diferentes categorías y relata la visión que tienen de su trabajo y de su existencia. De esas declaraciones se desprende una posición fuertemente favorable al sistema soviético con todo lo que ello implica. En líneas generales, el autor se limita a reproducir lo que oye sin comentario alguno. La selección de declaraciones pone de manifiesto una tendencia política, ya que no concede lugar a ninguna expresión crítica. Por su parte, la dirección de la editorial desaprueba este tendencioso proceder.”

Parece un precursor de las advertencias en las cajetillas de tabaco: “Este libro puede matar.”

Molesto, Lundkvist abandonó la editorial Bonniers llevándose su prosa a otro ambiente menos hostil, aunque siguió publicando allí su poesía.

A principios de la década de 1950, un viaje a Egipto —era la época de Naguib, años de exaltación revolucionaria en el país— le proporcionó material para su novela «*Darunga*», descripción del desarrollo de una benévola revolución en América Latina. Hay en esta novela varios trozos de prosa lírica que confirman una vez más su vacilación entre los géneros. En la reedición de la novela, en 1964, Lundkvist señaló que Cuba había convertido a *Darunga* en realidad y se pudo comprobar la semejanza física del protagonista de la novela —inspirado en la figura de Pancho Villa— con Fidel Castro.

En 1956 hizo su segundo viaje por América Latina, enviado por la revista FIB; un recorrido de seis meses por todo el continente que resultó en el libro *Vulkanisk kontinent*, mezcla de



Con la barba que se afeitó en la Barcelona de 1936.



Artur en Cuba con su esposa, Nicolás Guillén, un cubano y yo.

descripción geográfica y literaria, de sucesos e impresiones de este viaje y el realizado el año 1946.

Su contacto con el continente fortaleció su antiimperialismo nacido por influencia de Miguel Ángel Asturias y Neruda y, sobre todo, por la miseria que había visto.

En 1964 le acompañé en un viaje por Cuba y pude observar su manera de escribir los libros de viajes: trabajaba con una receptividad excepcional y sin tomar unos apuntes — yo llevaba un diario que aún conservo...

Siguió disciplinadamente el recorrido establecido según sus deseos de ver todo el país, — quería ver los efectos de una revolución campesina en el campo— y las citas con escritores, políticos y artistas que pidió. Eran años en los que cuando telefoneabas a Cubana de aviación te contestaban con un enérgico *Patria o muerte*, que de momento descolocaba, y veías establecimientos donde vendían *Repuestos para vehículos capitalistas*.

Fui testigo del escepticismo de Alejo Carpentier ante las expectativas que Lundkvist tenía depositadas en una reunión sobre cultura con sindicatos. Cuando llegamos a la cita nos encontramos con que, en lugar de una conversación con una persona sobre el programa cultural de los sindicatos, habían organizado una solemne

reunión en la que prácticamente sólo se hablaba del Carnaval y sus preparativos. Al cabo de un cuarto de hora Lundkvist, viendo que no salían del Carnaval, me dijo: ¡No traduzcas! (No le cabía en la cabeza que considerasen el Carnaval como una actividad cultural.) “Traduzca” decía el funcionario del sindicato.... Y yo. “Él entiende”. “¡Es que esto es muy importante y tiene que entenderlo bien!” A duras penas pude mantener a Lundkvist en su sitio y acabar, mal que bien, aquel desafortunado desencuentro. ¡Cómo me acordé de la sonrisa irónica de Carpentier!

El encuentro con el viceministro de salud tuvo su gracia. Castro acababa de pronunciar un discurso asegurándoles a los cubanos que no iban a tener que comer merluza más de un par de días al mes y lo comenté con Artur, un gran amante del pescado. (Aunque la merluza cubana es más bien una pescadilla, contrastaba con las miserias del pan duro y negro de la revolución soviética.) Y Artur le preguntó ingenuamente al viceministro, un cardiólogo al que yo había conocido en Suecia: “Y a usted ¿qué pescado es el que más le gusta?” La respuesta del viceministro fue: “¡Qué lástima que los cochinos no naden!” Ahí se resumía el presumible fracaso del intento de cambiar la dieta cubana...

Fui un día a cortar caña con el corresponsal de *Ny Dag*, el diario comunista sueco, Karl Staff, para ver lo que era el trabajo voluntario y, a la vuelta, tomando unas cervezas, le contamos a Artur nuestra experiencia. Ambos escribieron sobre el trabajo voluntario en los cañaverales. El resultado fue que el artículo de Staff olía a oficina de estadísticas mientras que en el de Artur casi se sentía el olor del cañaveral y el ruido metálico de los machetes al cortar la caña.

Accedió a todo lo que los cubanos le propusieron excepto el día en que nos llevaron a una granja porcina en la que para entrar había que vestirse casi como un astronauta. El se negó. A mí me pareció que debíamos entrar y me vestí y nos enzarzamos en una buena bronca. “Ya estoy harto de viajar como tu maleta.” me soltó furioso. A la mañana siguiente ya se había olvidado.

Lundkvist no pensaba publicar un libro sobre Cuba, pero al ver las fotografías de Paolo Gasparini y Luc Chessec cambió de opinión y lo editó ricamente ilustrado con fotografías de los dos maestros

Aún escribió años después *Antipodien*, su libro de viajes sobre el último continente que recorrió, Australia. Es un libro de viajes que también incluye narraciones breves y poemas en prosa.